

EL ESCULTOR JOSÉ CAPUZ (1)

Es la quinta vez que me ha sido dado el honor de usar de la palabra —arte que no es el mío— en esta ciudad de Valencia, cuyo solo nombre evoca y sugiere, entre otras muchas cosas nobles y placenteras, arte, jardín, huerta: Arte y Naturaleza, mis dos pasiones. La primera, cultivada con entrega completa de lo que soy, deja a la segunda solamente el cuidado de mi jardín y el disfrute de un cachito de mar que en él tengo, y la ilusión; la ilusión del olivar y la viña, de la huerta lozana cuyos productos son mi preferido sustento, y de un huerto de naranjos y limoneros.

A la ilusión me acerco, pues ya he afinado en la región valenciana, no muy lejos de Altea, donde vuestro ilustre Jenaro Lahuerta, con horaciana sabiduría, sobre un alcor, dominando mar y montaña, en un paisaje de ensueño, hase arreglado con gusto y esmero exquisitos una de las más bellas y acogedoras mansiones de artista que he podido conocer.

Comprenderéis que no ande remiso en venir a Valencia, donde tengo buenos amigos, cada vez que éstos me llaman, y siempre, claro es, con Magdalena mi esposa, artista singular a la que debo el gusto y la comprensión de muchas de nuestras

Capuz en su estudio



propias bellezas y virtudes españolas, que otros toman como defectos.

Cábeme hoy la honra de disertar en el seno de nuestra insigne Real Academia de San Carlos, y digo nuestra, porque a ella pertenezco hace tres semanas justas.

Desde el fondo de mi corazón agradezco, señores Académicos, el nombramiento de que me habéis hecho objeto. Con él, además de honor, me dais satisfacción, pues con este último florón o laurel puedo, cuando tanto se combate o desdeña a las Academias —sobre todo por los que no pudieran llegar a ellas o saben que no podrán llegar nunca—, puedo, digo, presumir una y otra vez de Académico, yo, que en realidad lo soy tan poco, siquiera sea para no seguir la corriente ni someterme a las imposiciones disociadoras que dentro oprimen y de fuera se exigen.

• • •

De nuevo siéntome embargado al pronunciar esta oración en memoria de José Capuz, nuestro gran escultor, al que ayer hizo dos meses, en un atardecer triste y lluvioso, dejábamos en su sepultura, perdido, solo, en el suburbio madrileño, en un paisaje lejano e inhóspito, al que llegamos, no sin dificultad, por un pueblo feo, destartado, que despertaba en nosotros truculencias entre barojianas y solanescas. ¡Con lo que a él le habría complacido dormir hasta la resurrección en esta Valencia risueña, en su Valencia, junto al mar cuyas márgenes tanta hermosura alumbraron!

Todos ustedes conocían, señores Académicos, la enfermedad larga y penosa que desde hace años tuvo alejado a nuestro eminente compañero de las tareas académicas y de otras actividades. También los que le trataron conocen cuál fue su carácter: un tanto tímido ante la asamblea, bromista entre los amigos —evasión sin duda de la profunda seriedad con que trabajaba—, retraído en su vida, sí que también con arrebatos pasionales que, mal comprendidos, a veces podían interpretarse como arbitrariedad o capricho.

Capuz, que entre los amigos era dado a la chanza, como escultor nunca bromeaba. Con paso seguro remontó su camino en pos de la gran tradición, de la más pura tradición escultórica que nos llega con el aura del Mar Antiguo, del Mare Nostrum, haciendo caso omiso de ociosos intelectuales

(1) Discurso leído por su autor en la solemne sesión necrológica celebrada en la R. Academia de San Carlos el 27 de mayo de 1964.

tualismos y del snobismo o cursilería estériles que han reducido el arte de nuestro tiempo a la impotencia, a la ignorancia y al ridículo.

Es, hablo en presente, pues su obra está viva, un tradicionalismo el suyo que se basa en un trabajo intenso, en la riqueza que da el conocimiento, en la observación de la vida y en el ejercicio de la destreza; modo verdadero de hacer renacer una tradición y producir obras dignas y duraderas que, capaces de llegar a ser antiguas, nunca serán viejas.

Sí, Capuz se nos ha ido en un tiempo en que valores tan fundamentales del Arte como son la destreza y la maestría están en quiebra. Gran maestro de la escultura era uno de los últimos que en este "final de un mundo" alentaba aún en España.

Capuz personificaba la maestría, esa maestría que con su arte y destreza penetra de espíritu la materia inerte y resistente, o ennoblece, embelleciéndolo y animándolo, el barro humilde en el que los escultores plasmamos el germen de nuestras obras o las hacemos duraderas con el auxilio del fuego.

El era fundamentalmente artista, escultor, amaba su Arte, el Arte, por encima de todo, y a él entregó su vida; perdonad el lugar común, en cuerpo y alma. De esta amorosa entrega venían su pasión arrebatada, aquel silencio suyo, consciente y humilde ante las cosas que tenían grandeza y hermosura, y aun su altivez para con lo engolado, huero o enmascarado que, penetrante, atisbaba rápido, con naturalidad e inteligencia.

Fue un gran intuitivo, un espíritu caballeroso, de gusto cultivado, como puede apreciarse en el que fue su hogar, que, para su gloria y la de Valencia, debería ser conservado aquí en su fundamento.

Pese a que prefería la tranquilidad, el recato de su estudio y la tertulia de unos pocos amigos, su gran prestigio, el magisterio que sin proponérselo ejercía, aún fuera de su cátedra, le llevaron —aceptándolo como un deber— a ser imprescindible durante muchos años allí donde había que emitir un juicio, discernir méritos, otorgar recompensas. Nunca se pronunciaba sin observación detenida y la consiguiente meditación; después era inflexible.

Diecisiete años mayor que yo, recibí de él, en mis comienzos, algunos varapalos, más también, permitidme proclamarlo ante ustedes, señores Académicos, las mayores satisfacciones que jalonan mi carrera y, por ende, gratitud impercedera.

Compartí con él, más tarde, las tareas en jurados y tribunales, y pude apreciar que a más de esa conciencia responsable a que me refiero, era un artista de fondo recto e insobornable. Ni el poderoso, ni la adulación doblegaban su independencia.

Así era el hombre, y así de claro, de personal, de concienzudo y vivo, su arte.

• • •

Como sabéis, Capuz, vástago de una familia de artistas, nacido en esta tierra valenciana, que dió ilustres maestros al arte nacional, vivió con humildad, con esa humildad y conciencia que conoce la limitación del hombre ante la obra de Dios que somos o en la que estamos inmersos. La belleza de la figura humana, su arquitectura sin par, la infinita



El pintor Peppino Benlliure

variedad de sus formas, tal que jamás encontramos dos criaturas iguales, apasionaba al maestro y, gran intuitivo, amorosamente, con personalidad inconfundible creaba sus esculturas, en gran parte desnudos femeninos, palpitantes, nuevos, dechados de gracia y de noble concepto escultórico.

Había comprendido como pocos, él que se inició en tiempos en que un naturalismo trivial y anecdótico informaba la escultura, que ésta, sin grandeza y monumentalidad, aún la de pequeñas dimensiones, en rigor, dejaba de serlo.

Así, con juvenil impulso, entonces, cuando el arte oficial era aquello; y con serenidad consciente, densa de experiencia, ahora, en este tiempo que patrocina lo deshumanizado y demolidor. Auténtico artista, construyó toda su obra con maestría, repito, en silencio, fuera de lo corriente o contra ella y del favor oficial que rara vez le sonrió a tono con sus merecimientos.



Maternidad

Capuz amaba su arte, se había entregado a él con vocación auténtica, sin afán exhibicionista, dejándonos una obra si no muy numerosa, pues que la escultura es larga y fatigosa de hacer, sí muy importante y de la máxima calidad alcanzada en nuestro tiempo.

• • •

José Capuz, como otros artistas luego famosos e ilustres, respiró directamente el aire greco-latino en la gloriosa Academia Española de Bellas Artes

de Roma, que en tan extraordinaria medida ha contribuido, desde su fundación, a elevar el nivel de nuestro Arte, y la que si en un tiempo fue llamada la "Cenerentola" entre las Academias extranjeras de Roma, hoy tiene y ostenta ¡al fin! el necesario y obligado decoro.

Trabajó cuatro años cumplidos a la sombra del "Tempietto" del Bramante y, cada día, tras la peregrinación a través de la henchida monumentalidad romana, al reintegrarse al conventual y austero recinto académico, la presencia áurea del "Tempietto" le incitaba a repensar que el orden, la medida, el número, son sumandos que hacen inamovible la belleza de las creaciones que los integran.

Por ello los artistas españoles que tuvieron la fortuna de morar y obrar en San Pietro in Montorio, los que supieron abstraer cada día en la cumbre del Gianicolo la inmanente e inmarcesible lección que allí y ante sí la Urbe dimana, imprimen a nuestro arte temperamental, a veces anárquico, una dimensión de universalidad, un equilibrio y medida que en nada aminora, sino antes al contrario, hace más claro y esplendente el resolutivo genio hispano.

De esta casta de artistas fue José Capuz, y allí, en Roma, en nuestra Academia —me lo dijo muchas veces—, se hizo escultor.

Humilde y sensible ante la naturaleza, fue activo ante el poderoso y trabajó con heroísmo. ¿Qué verdadero escultor no ha de ser heroico en nuestro mundo, donde la justicia suele relegarse a la posteridad?

Con heroísmo y calladamente, sin alharacas, como siempre hizo durante su noble vida de artista.

Aquel trabajo silencioso en el que se fundía a su levantina destreza el claro concepto que desde Grecia, pasando por Roma, aún nos ilumina, trascendía desde su taller, ejercía magisterio sobre muchos que diez o veinte años más jóvenes ni siquiera personalmente le conocían. Magisterio que se hará más patente el día en que su obra pueda ser reunida.

Quisiéramos para la obra de Capuz y para la de otros grandes escultores sendos conjuntos museales —el Ayuntamiento de Barcelona lo prepara de Clará, y Valencia lo tiene muy incompleto de Benlliure— que den fe de que el genio español no se extinguió con nuestro ocaso decimonónico, como pudiera erróneamente desprenderse de ciertas obras de grandes dimensiones realizadas en los últimos años o por algunas enviadas al otro lado del Atlántico, donde la huella de España permanece.

Perteneció José Capuz a una generación de escultores de positivo talento, como sólo en contados momentos encontramos en la historia del arte español. Le precedían Mogrobejo, Clará y Mateo Hernández, cuyas obras el tiempo consolida; Casanovas, Gargallo, Huerta... Le eran parejos en años o le seguían Julio Antonio, el gran malogrado; Sánchez Cid, Barral, Laviada, Juan Bristóbal, Ortells,

los Vicents, Beltrán y otros entre los que se fueron; Quintín de Torre, el vasco austero que troncó su tiempo con la patética imaginería castellana y que, anciano y enfermo, aún alienta en su Bilbao; y Enrique Monjo, más joven, que calladamente en Barcelona realiza una obra ingente, Macho, Adsuara y Orduna, entre los vivos.

Con Capuz y todos ellos efectuóse en España una vuelta a los conceptos de claridad y de orden que, como un nuevo clasicismo restablecía, ¡ay!, por breve tiempo, la dignidad del arte, el florecer del espíritu, el respeto a los valores.

Dignidad, florecimiento y respeto, truncados en las últimas décadas por la invasión del abstractismo, del neobarbarismo deformador o por el infatillismo.

¿No veis cada día cómo la frivolidad y la inconsciencia o el coro servil de la adulación, si se trata de un poderoso, ensalza al niño que embadurna lienzos, y la loa estriba en que no sabe pintar?

Ahora son muy pocos los que maduran con aquella entrega amorosa y entrañable a su arte, que nos hacen considerar con melancolía la vida sencilla y digna de Capuz como una vida ejemplar de artista.

Vida ejemplar y heroica. Ustedes que conocen el panorama artístico actual, la incuria, la frívola inhibición, el atropello para nuestros monumentos y obras de arte, comprenderán cuán desesperanzador es desenvolverse a los que con miras elevadas en este ambiente penamos. Y comprenderéis no menos cuán meritoria y dolorosa fue la senda de quien, como Capuz, buscó el estilo, la pureza, una síntesis formal inasequible a la popularidad y al comercio, sin concesiones que merman la dignidad del artista y de la obra de arte.

• • •

Tuvo Capuz talento singular para la composición monumental, ganó recompensas, oposiciones y concursos, concursos que se quedaron buena parte de las veces en proyectos, y tras ellos el esfuerzo y las horas amargas.

Mas sus entrañas de artista hacían renacer en él la ilusión. Le veíamos reanimado el pasado invierno con la realización de una de sus hermosas obras de madurez; los relieves para el Círculo de Bellas Artes perdidos por inaudito abandono. Agotado físicamente para esta labor, encontró en Adsuara al compañero que con modestia encomiable le secundó ahorrándole el esfuerzo imposible. No pudo verlos terminados, y se nos fue con esta amargura.

Suele ser sino del escultor penar y consumirse —¡oh Miguel Angel!—. Lustró tras lustró va quedándose entero en su obra y, al final, séale o no esquiva la gloria, a veces, acompáñanle la pobreza o la soledad y el silencio. En mis últimas visitas a Capuz, postrado, pude vislumbrar este drama.

• • •

José, amigo, cuántas horas, cuántos, cuantísimos días, la piedra, el barro o el leño, el hierro y la maza en tus manos; la maza y el hierro, el barro, el leño y la piedra con nuestros sueños, ¿verdad, compañero? Solos.

Mas se pare, y tras el dolor y la fatiga vienen la serenidad y el goce. Mayores para los que disfrutan de nuestras criaturas que para los que las



Virgen Dolorosa

engendramos, pues la materia se resiste —¿No es así, compañero?—; pesa sobre las alas y los sueños se quedan lejos.

Tú, Capuz, maestro, niño aún, te familiarizaste con la noble materia, con el hierro y la maza, y los domeñaste, y tus ojos ávidos supieron aprehender normas y vida. Por ello fueron más ligeras tus alas.

• • •

Roma, nutricia, también da a Capuz esposa. Y esta dama romana, a la que desde aquí rindo ho-

menaje, y que desde entonces fue su compañera amorosa —presente en algunas de sus obras—, le dio hijos y le prestó sumisamente calor y dulzura en los momentos de amargo desfallecimiento, tan frecuentes en la naturaleza impresionable del artista.

• • •

Decía Leonardo de Vinci que no es verdadero maestro aquél que se especializa en un solo género. La maestría, en efecto, para serlo, ha de abarcarlo todo. Capuz dibuja y abarca, bulto redondo o relieve, estatuaria monumental, imaginaria o escultura sagrada, retratos, y esa deliciosa y variada colección de pequeñas esculturas que, si de dimensiones reducidas, contienen todas las cualidades exigidas en la gran escultura.

A Capuz, su larga enfermedad de los años pasados, su impotencia física, mientras las manos tuvieron fuerza y nervio, no le anuló aquel juvenil anhelo de figurar con ellas cada vez que tocaban la arcilla, algo distinto y vivo, sazonado y claro; esto salva a su arte de la decadencia que en otros maestros hemos conocido o conocemos. La exposición de sus últimas obras nos lo corroboró hace pocos años.

Esto es una constante en su obra, y lo es también en las épocas o períodos puros del gran arte a que nos hemos referido. Ello nos muestra la autenticidad temperamental del escultor y la firmeza del concepto. Se diría que era un abstracto, más no un abstracto al uso de hoy que expeditivamente prescinde del hombre o de las formas naturales, y, ángel caído, soberbiamente cree que inventa otras nuevas.

Capuz, como todo escultor digno de este nombre, ordenó masas en el espacio, jugó con los volúmenes balanceándolos y armonizando en el bloque macizos y vanos, pues para la total expresión y equilibrio tanto cuenta el espacio como la masa. Esta abstracción u orden geométrico es base o fundamento de la escultura desde tiempo inmemorial y no *encuentro* de los que nos lo muestran como aportación de nuestro tiempo.

Pues bien, Capuz, que al construir, en sus fundamentos con pura abstracción, como se hizo desde la más remota antigüedad, como lo han hecho y lo hacen en general los escultores que tienden a la pureza plástica y a la síntesis, fue, además y sobre todo, también como ellos figurativo. Y esto con aquéllo es lo arduo, como que requiere el conocimiento y la observación, lentos, profundos, del hombre, de las leyes que rigen sus actitudes y movimientos, de la infinita variedad de los mismos y de sus proporciones; de su psiquis y expresividad y del palpito vital que anima la figura humana.

Hay más, si la belleza es un orden esplendente —como con rigurosa precisión alguien dijo—, Capuz llegó a ella con los menos medios posibles, dando de lado lo superfluo, lo anecdótico, el lastre que tanto cuesta soltar. Gran intuitivo, repito —¿qué gran artista no lo es?—, elaboraba in mente sus síntesis palpitantes de vida, de los últimos años, y las plasmó tan verosimilmente que su presencia es como tener ante sí, no una fría materia esculpida, sino unas criaturas que en su silencio elocuente, con sus formas inconfundibles, con sus actitudes y expresión peculiarísimas, nos muestran una personalidad, la personalidad señera del autor.

Esto, la personalidad de Capuz, fue una de sus características. La personalidad se tiene o no se tiene, la da el Altísimo, y cuando no se recibe ese don es inútil fingirla, pues no hay más cera que la que arde. Cuando se nace con ella tampoco puede enmascararse. Así le sucedió a Capuz que, hombre impresionable y apasionado —apasionamiento e impresionabilidad propios de todo temperamento artístico— se dejó arrastrar a veces por deslumbrantes bengalas, mas al fin de la jornada, Capuz era Capuz, y sus criaturas hijas suyas.

Vais por la calle, divisais a una persona de lejos, de costado o detrás, y, enseguida, por el aire sólo, reconocéis a Fulano. Lo mismo acontece para el concedor con una obra de Capuz. Y aquel Fulano, ser vivo de nuestro tiempo que es, que camina y tiene figura distinta a cuantos antes fueron, que vive y alienta como nadie alentó antes que él, nuevo y diferenciado por tanto, este ser vivo, digo, tiene sus antepasados, a veces milenarios, a los que se asemeja. Así las criaturas de Capuz y las de los más grandes artistas del *tiempo* pasado y del nuestro.

• • •

Tú, José Capuz, has sabido penetrar en la enjundia de nuestra milenaria herencia y la has acrecentado aportando lo tuyo. Has trabajado. ¿Trabajado? ¿Es acaso un trabajo lo que con vocación y fervor se crea? Obraste calladamente, sin dar un cuarto al pregonero, y aunque auras ajenas te llegaran, siempre eras tú mismo. Alcanzaste la maestría y tus criaturas nacieron dentro de un orden formal perdurable y con plenitud de belleza. Por esto, nosotros, escultor amigo, cuantos artistas perseguimos la forma rotunda, la clara belleza, la intención pura, teniendo conciencia de tu maestría, veneraremos hoy y mañana la memoria tuya admirando tus criaturas.

E. PÉREZ COMENDADOR